



LAS IDEAS ECONOMICAS DE BELGRANO

«Nada importa saber o nó la vida
«de ciertos hombres que todos sus
«trabajos y afanes los han contraído
«a sí mismos, y ni un solo instante
«han concedido para los demás; pe-
«ro la de los hombres públicos debe
«presentarse, o para que sirva de
«ejemplar que se imite, o de una lec-
«ción que retraiga de incidir en sus
«efectos».

Que estas palabras, escritas con la noble elevación de miras, contenida en todas las producciones que concibiera el talento patriótico y progresista de Belgrano, y que él destinara a preceder su autobiografía, sirvan de exordio a la exposición que debo hacer, cumpliendo el honroso cometido que me ha confiado la dirección de esta casa.

Abordaré como tema "Las ideas económicas de Belgrano", correlacionándolo con los estudios que se realizan en el curso del profesorado. Otras plumas más capacitadas que la mía, pondrán de relieve la obra culminante del prócer, bajo otros aspectos: su acción en la primera Junta, la creación de la bandera, la fundación de escuelas, los triunfos de Tucumán y Salta, su conducta después de las tristes jornadas de Vilcapugio y Ayohuma. Una tarea tan vasta sería superior a mis fuerzas y solo podría resumirla en las palabras que le dedica el primero de sus historiadores:

"Belgrano es, en su género, un tipo único en la revolución sudamericana, ya se le considere como hombre de letras, ya como hombre político o de guerra, y su vida es un modelo digno de pre-

sentarse a la estimación de un pueblo republicano. Educacionista, literato, juriconsulto, filántropo y economista social, su nombre está asociado a todos los grandes pensamientos que se iniciaron para mejorar la condición política, moral y material del pueblo argentino. Fué un hombre moderado en el triunfo, que tuvo la dignidad de la fortaleza en la adversidad, y a quien laureó dos veces la victoria, ungiéndole otras tantas el infortunio”.

Hace cien años que ese eminente fundador de la nacionalidad abandonó para siempre la tierra donde fijara sus ensueños de reformador, fuera aclamado con las dianas de la victoria y recibiera el áspero brebaje encerrado en el cáliz de la derrota. Todos sus ideales se han realizado, desde la caída de las instituciones coloniales que sufrieran su certero ataque y el de sus compañeros de causa, hasta la consolidación del país. El fuerte espíritu que no alcanzó a quebrantar jamás el fracaso, por más rudo que fuera, sigue presidiendo la progresiva evolución de la nacionalidad argentina, con la enseñanza de su ejemplo, como la lámpara votiva que brilla en el interior de los santuarios, siempre encendida mientras está latente el culto en cuyo homenaje se ofrenda, mientras se conserva vivo el caudal imperecedero de la fe que guía, vela y alienta, con la permanencia perdurable de una afirmación.

Es conocido por todos el sistema de monopolio que aplicó España a sus colonias y que puede ser expuesto brevemente en estos términos: La madre patria consideró que pasarían a su poder todas las riquezas del nuevo mundo y que éste sería provisto exclusivamente por ella de los productos europeos que necesitase. Para conseguirlo, suprimió en absoluto la libertad de comercio. Todo lo que las colonias de América exportaran iría a España; y todo lo que las mismas importasen vendría de España.

La avidez de los metales preciosos, con que los conquistadores querían improvisar rápidamente fortunas fantásticas, hizo despreñar el trabajo personal, confiado principalmente a la esclavitud o a las encomiendas. Los privilegios aniquilaron la producción in-

dustrial de las ciudades manufactureras españolas. La Península creyó que la riqueza de los pueblos consistía en la acumulación de los metales preciosos, pagando bien caro ese grave error económico, cuando se vió obligada a introducir del extranjero, a precios desmesurados, los artículos que necesitaba para proveer sus colonias y que ella se veía impotente para producir. El oro y la plata que se extraían de América, la totalidad de las utilidades fundadas en el absurdo régimen del monopolio, fueron finalmente a parar a Inglaterra, Francia y Holanda, a cambio de los productos suministrados por estas naciones, las únicas beneficiadas, en definitiva, con el comercio colonial.

Las consecuencias del sistema han sido condensadas por Mitre de esta manera: “Antes de transcurrir un siglo, la población de España estaba reducida a la mitad, sus fábricas estaban arruinadas, su marina mercante no existía sino en el nombre, su capital había disminuido, su comercio lo hacían los extranjeros por medio del contrabando y todo el oro y la plata del nuevo mundo iba a todas partes menos a España”.

Con estas palabras revela el historiador las consecuencias de un estado de cosas antinatural y nefasto. ¡Para todo esto se habían cegado las fuentes de riqueza del nuevo mundo; se había maltratado y oprimido a los nativos; inmolado la noble figura de Atahualpa y torturado a Guatemoc! El avaro que se aleja de todo lo que la generalidad considera como un goce en la vida, tiene siquiera el placer de acariciar el oro acumulado en sus arcas, del que cada moneda parece simbolizar una privación; ni de esa satisfacción pudo disfrutar el arrogante pueblo de otra hora, en cuyos dominios no se ponía el sol, cuando empezó a carecer su robusto tronco, en el que se asentaron y nutrieron tantas naciones, el avance de una decrepitud que talvez no sea eterna, la iniciación de una decadencia que ojalá no fuera irremediable!

Contra esta situación opresora y rapaz tuvieron que luchar los americanos, privados como estaban de su intervención en el manejo

de la cosa pública, sin poder decidir libremente de los destinos del país a que pertenecían. En esta circunstancia, como en tantas otras, se revela la influencia decisiva, aunque no única, del factor económico, siendo precedida la revolución política por una verdadera revolución en el terreno de la economía social de la época, como lo comprueban los acontecimientos anteriores a la emancipación. Los americanos cultos, que estaban al corriente de las teorías y tendencias más adelantadas de ese tiempo, en que las doctrinas en boga eran las económicas de la escuela individualista, y las filosóficas del enciclopedismo francés, encabezaron la revolución que, como siempre, se produjo primero en los espíritus y después en los hechos.

Belgrano, que había sido enviado por su familia a estudiar a España, graduándose en la Universidad de Salamanca, se especializó en los estudios de economía política, entre otros. Así, confiesa en su autobiografía que su aplicación no la redujo tanto a la carrera que había ido a emprender “como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y del derecho público”. Su dedicación particular a esa materia le hizo formar parte de la Academia de Economía Política que se estableció en la Universidad mencionada, y más tarde de otra análoga, cuando se trasladó a Madrid; poniéndose en contacto con varias notabilidades españolas, entre las cuales el liberalismo económico ya había hecho adelantos, y traduciendo del francés un tratado relativo a esa ciencia que, años después, se publicó en Buenos Aires con el título de “Principios de la ciencia económico-política”.

Al terminar su carrera, sigue diciendo Belgrano en su autobiografía, “por los años de 1793, las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocaran en la secretaría del consulado de Buenos Aires, erigido en tiempo del ministro Gardoqui, sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello”.

En ese tiempo, Europa entera sentía la iniciación de un amplio movimiento, en procura de la emancipación económica y po-

lítica. Casi todas las libertades actuales estaban desconocidas. La censura oprimía la libertad de pensar; el tormento imperaba en la justicia; la aristocracia y sus fueros contradecían la idea de igualdad; los privilegios y los monopolios obstruían la libertad de comerciar y trabajar. Todas las actividades del hombre, el libre ejercicio de sus facultades, se encontraban trabados y deprimidos. A esta situación, y no a la sociedad en general, debió referirse Rousseau, cuyo "Contrato Social" fué el evangelio de los innovadores de esa época, las tablas de la ley del enciclopedismo, cuando dijo: el hombre nace bueno y la sociedad lo deprava; nace libre y por todas partes se halla entre cadenas.

A estas tendencias responden igualmente los nuevos conceptos sobre los derechos naturales, inalienables e inmutables, a la vida, a la libertad, a la propiedad, por ejemplo, pertenecientes a la persona por el mero hecho de ser tal, y de que había gozado en un período hipotético, anterior al social, que fueron reconocidos y sancionados después por todas las constituciones modernas.

Estos principios son los de la revolución francesa y Belgrano recuerda esos años con entusiasmo. Así dice: "Como en la época de 1789 me hallaba en España y la revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mi las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aún las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento, directa o indirectamente". (Autobiografía).

La causa de la emancipación francesa ganaba un partidario más, sincero, talentoso y entusiasta. El vasto vendaval que haría bambolear los tronos del viejo mundo, traería a las playas americanas, entre las rachas impregnadas de tempestad que habían abierto de golpe para el universo las puertas de una etapa nueva en la

historia, la fecunda simiente de un ideal superior de justicia, de libertad para los pueblos, de fraternidad entre los hombres.

Las doctrinas del individualismo, o liberalismo económico, predominantes, o mejor dicho, las únicas aceptadas por el espíritu progresista de la época, marchaban en estrecha concordancia con las que primaban en el campo filosófico-político. Son ya notorios los caracteres salientes de esta escuela: la defensa de un retorno al estado natural, tan calurosamente hecha por Rousseau y Montesquieu; el optimismo exagerado y la libertad de acción que se dejaba a los individuos, con respecto a la intervención del estado, reducida a su más mínima efectividad. Aún se recuerdan los célebres aforismos que encierran el pensamiento de la escuela: “dejar hacer y dejar pasar”, decía Gournay; “el mundo marcha por sí sólo”, afirmaba el abate Galiani; “propiedad, seguridad, libertad, he aquí todo el orden social”, opinaba Mercier de la Rivière; “no gobernar demasiado”, aconsejaba categóricamente D’Argenson.

Quesnay y los fisiócratas y Adam Smith, sobre todo, debían ser los teorizadores de esta escuela, sustentada, poco más tarde, con tanto brillo por Ricardo y J. B. Say y que fué, repito, adoptada por la mayoría de los hombres ilustrados de ese tiempo. En España, fueron Campomanes, Jovellanos y Cabarrús sus principales adeptos.

Belgrano participó, como ya hemos visto, de estos mismos principios, y cuando se trasladó a Buenos Aires, en ejercicio de la secretaría del Consulado, fué su incansable propagandista, junto con Castelli, Vieytes y Moreno. El primero fué su mejor amigo y le reemplazó varias veces en la secretaría, a propuesta de Belgrano. Con la divulgación de estas ideas, los ilustres próceres que he mencionado, influyeron eficazmente en la preparación de la revolución política que debía continuar la emancipación económica de la colonia con relación a la metrópoli, mediante el reconocimiento del comercio libre.

En el Consulado, Belgrano estuvo al frente de los que de-

fendían el libre cambio, sosteniendo, en una de las sesiones, los conceptos, ahora tan elementales, de la libertad de los cambios, y que, en esos años, producían un verdadero escándalo entre los comerciantes españoles, dueños absolutos de la situación. Así, refiere Mitre, que cuando Pedro Cerviño leyó un discurso ante el consulado, apoyando las ideas de Belgrano y desacreditando el monopolio, el prior mandó que se mandase recoger y quemar el borrador.

Cuando, poco antes de la revolución de Mayo, en 1795, el rey de España se vió obligado, debido a la guerra que absorbía sus actividades, a conceder el libre comercio entre Buenos Aires y países extranjeros, el Consulado pidió al rey la revocación de dicho acto, oponiéndose entonces el conciliario Francisco Antonio Escalada, “órgano de las doctrinas de Belgrano”, como le llama su historiador, con estas palabras que son la expresión fiel de las ideas progresistas que avanzaban: “el atraso del comercio, de la agricultura y de la industria en América, desde la época de la conquista, reconoce por origen la falta de libertad; y el fomento de ella, por medio de la libre extracción de sus productos, debía ser todo el fin y el único objeto de la política del soberano”.

La continua derrota de las ideas de los innovadores, ante la mayoría hostil adueñada del Consulado, hizo dirigir las actividades de Belgrano hacia otras orientaciones, marcadas por su espíritu profundamente reformador y progresista. Las obras del muelle, la apertura de caminos y disminución de las contribuciones excesivas impuestas al comercio interior, la construcción de puertos, introducción de máquinas, instalación de faros y perfeccionamiento de los procedimientos industriales fueron obras realizadas por el Consulado, a iniciativa de Belgrano.

En las Memorias que presentara a ese cuerpo, están de manifiesto sus opiniones, acordes con la tendencia que ya hemos señalado. En la que presentó en junio de 1796, expone pensamientos propios de un discípulo de Campomanes, elogiando la agricultura como el verdadero destino del hombre. En la tercera Memoria,

cita esta definición de los economistas liberales ingleses: “el comercio es el cambio de lo sobrante por lo necesario”. Y agrega una máxima de Quesnay: “dese plena libertad al comercio interior y exterior que consiste en la libre concurrencia”. Con estos principios, con todos los actos de su vida pública, no hacía sino poner en acción la frase de Filangieri, uno de sus autores predilectos: “Un atentado contra la libertad humana es el comercio exclusivo”.

Tales fueron las ideas de Belgrano en materia económica, y sus consecuencias en el terreno político no me toca analizar. Baste hacer presente que estas últimas se amoldaron al mismo concepto de la libertad individual llevada al más alto grado, postulado esencial del liberalismo económico, y que armonizaron, por lo tanto, con las de los demás hombres de la revolución, siendo su más encumbrado sostenedor Mariano Moreno, en la memorable “Representación de los hacendados”, en cuyas páginas parece sintetizarse, animando el estilo rotundo y vigoroso del secretario de la primera Junta, todo ese conjunto de ideas modernizadoras que pugnan por abrirse camino en la cerrada organización social y económica de esos tiempos; fué el alegato formidable que debía preceder la marcha de la revolución, ya latente en todos los espíritus patriotas, infiltrando, con todo el poder de sugestión que tiene la claridad, que posee la luz por el mero hecho de presentarse, los primeros fulgores de aurora de un derecho nuevo entre la sombra crepuscular de la colonia.

Fueron los principios de la revolución francesa, dije antes, por que formaron su contenido ideológico y su potente soplo renovador los arrojó hacia todos los rumbos.

En cualquiera de los escritos, proclamas, discursos o artículos periodísticos que pertenezcan a la época de nuestra revolución, están defendidas esas ideas, sin la oposición de ninguna otra contraria, con el entusiasmo, la abnegación, y el espíritu de sacrificio que dan las convicciones profundamente arraigadas en el alma. Ins-

piraron los incipientes ensayos constitucionales de entonces, cubriendo su deficiencia doctrinaria con la noble honestidad de propósitos, revelada elocuentemente en las discusiones, vibrantes de patriotismo, que se desarrollaron en las Juntas, las Asambleas y los Congresos; fueron llevadas, a la manera de estandarte invisible, sobre las puntas de las bayonetas de los soldados de la patria, a través de todo el país, y más allá de sus fronteras, cuando la sangre generosa de los argentinos se vertiera por la libertad de los hermanos de raza y de lengua, hermanados también en la opresión, en el ideal y en el sacrificio; y se salvaron finalmente del período fratricida de la anarquía, para presidir, con la superior serenidad de un numen propicio, la unidad y organización definitivas de la nación.

Los movimientos emancipadores que sucedieron al de Francia, invocaron esas grandes ideas, base fundamental de las libertades modernas, ya fuera Grecia al independizarse de la opresión turca, ya Italia al constituir su unidad política, ya la misma España en las Cortes de Cádiz, mientras combatía contra la opresión napoleónica. Las nuevas nacionalidades que acaban de afirmarse sobre los humeantes escombros de la más colosal de las guerras, parecen recibir, bajo el amparo de las mismas ideas, los rayos, talvez ya mortecinos, de los mismos derechos. Mortecinos, he dicho, porque no es posible precisar si el resplandor de ese astro cuya aurora saludaron todos los oprimidos de la tierra, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, ha sido cubierto por la confusa polvareda que se eleva de los campos de batalla, o se ha trocado en el pálido fulgor que extiende su velo de melancolía sobre la trágica declinación de todos los ocasos.

Estamos en la época de la crítica, y todo el contenido espiritual del pasado, los conceptos más sólidamente arraigados en la tradición intelectual de los pueblos, se someten a revisión, se atacan o se destruyen. Hasta los postulados democráticos, orgullo de nuestros antepasados, piedra angular de las libertades modernas,

se discuten en Francia, en el mismo país que los propagara con su revolución. Y no se trata solamente de Taine, ferviente admirador del régimen antiguo, como lo prueba su obra, sino de escritores que, si no alcanzan su notoriedad, han unido sus esfuerzos en un solo objetivo; no faltando tampoco algunos que, como el crítico Faguet, han identificado con el culto de la incompetencia la idea de democracia.

El hecho es que se han desatado las ligaduras que oprimían al individuo, se le ha dejado en el libre ejercicio de todas sus facultades naturales, y se le ha dado la igualdad jurídica, como norma general para las relaciones con sus semejantes. Las actividades humanas han aumentado, hasta un límite inconcebible, su esfuerzo; la producción se ha desenvuelto de una manera sorprendente y las fuerzas de la naturaleza están dominadas. Los inventos se suceden día a día, en el campo industrial y, mediante ellos, la vida debería ser más fácil, y la existencia de la generalidad de los hombres más cómoda y accesible. Pero, el coro que componen las voces satisfechas de los vencedores, de los fuertes, no alcanza a cubrir el clamoreo que se eleva de la garganta enronquecida de los vencidos, de los débiles social y económicamente considerados, y que, sin embargo, son los más. El individualismo ha olvidado esta faz del problema. Encastillado en su egoísmo, cierra los ojos para no ver el dolor ajeno; tapa sus oídos, para no escuchar lo que primero fué lamento, después protesta y amenaza por último. El liberalismo económico no puede impedir el mal que viene a ser su consecuencia necesaria.

Mientras se producen estas cuestiones que preocupan de manera tan intensa al siglo en que vivimos, y a cuyo resultado debemos contribuir, sin que lleguemos quizás a presenciar la última etapa, en que la justicia terminará por imponerse, pensemos que no hay problemas sociales insolubles cuando existe patriotismo, entendiendo esta palabra como la aspiración permanente hacia el mejoramiento del país a que se pertenece, no como el afán rutinario

de conservar lo que llenó su cometido y no responde a una necesidad colectiva de la época en que se vive. Pensemos que los hombres de Mayo, Belgrano entre ellos, tuvieron que afrontar problemas que, en esos tiempos, eran tan trascendentales como los de ahora; y que ellos los resolvieron con entereza, con altruismo, luchando por el bien de todos, y yendo hasta el renunciamiento de cuanto significara una utilidad o una ventaja personal. Si las ideas de ellos ya han hecho su ciclo, si son impotentes para satisfacer los apremiantes conflictos que tienen lugar actualmente, recordemos que fueron las más adelantadas y progresistas de su época y que sólo pueden sustituirlas las que revistan las mismas cualidades, y sean defendidas con las mismas virtudes que alentaron aquellos caracteres próceres, magnánimos en la victoria y fuertes en la adversidad, abnegados y tenaces, sinceros hasta el sacrificio en la lucha por sus convicciones, y cuya fortaleza de espíritu parece calcada en el bronce que los representa: destacado sobre el nivel común de la masa, e inmutable ante el sucederse inacabable de los días!

(Discurso leído en la Escuela Normal Nacional el 19 de junio de 1920).

PEDRO LEON
